

Las otras trincheras: mujeres y guerras

El relato incompleto de la guerra

Los conflictos bélicos han sido tradicionalmente narrados desde una perspectiva que exalta la figura masculina en el frente de batalla: soldados fuertes, armas y enfrentamientos directos, etc. Sin embargo, esta visión limitada refuerza estereotipos de género y olvida que las mujeres también formaron parte de estos escenarios. Más allá del campo de combate, las mujeres son las principales responsables de mantener la vida en medio del caos, asumiendo tareas esenciales como el cuidado de las familias, la gestión de recursos y la reconstrucción de las comunidades devastadas por la guerra. Ampliar la mirada permite reconocer su contribución y reconstruir su relato histórico, integrándolo como una parte esencial de la Historia. Además, podremos entender que la guerra también se libra en el ámbito doméstico, donde la resistencia y la supervivencia son, en gran parte, sostenidas por ellas.

Mirada con perspectiva de género

La guerra se sustenta en el patriarcado y en los ideales de masculinidad tradicional, que promueven la imagen de un ejército fuerte, valiente y viril. Los roles de género refuerzan la figura del hombre como protector y de las mujeres como víctimas, cuidadoras o personas a rescatar. Este discurso ha sido utilizado como pretexto en diversos conflictos bajo la promesa de “liberar a las mujeres”, aunque, una vez logrado el objetivo bélico, ellas suelen quedar relegadas al olvido.



Mujer rohingya desplazada. Fotografía de Eric Lafforgue.

Sin embargo, la guerra no solo se libra en el frente, sino también en hospitales, hogares y comunidades, donde son las mujeres quienes sostienen la vida en medio del caos. Su trabajo ha sido percibido como una extensión de sus roles domésticos y, por ende, invisibilizado por los historiadores.

Paradójicamente, en los conflictos actuales, donde las armas tecnológicas buscan minimizar daños colaterales, las víctimas civiles representan el mayor porcentaje de bajas, siendo muchas de ellas mujeres, que sufren las consecuencias directas e indirectas de la violencia armada.

La violencia sexual invisibilizada

La guerra, en su brutalidad, revela y exalta las desigualdades de género existentes, convirtiendo a las mujeres y niñas en las principales víctimas de violencia sexual.

Utilizada como arma estratégica para destruir comunidades y quebrantar la dignidad de las víctimas, esta forma de violencia ha sido históricamente ignorada tanto en los procesos judiciales como en los acuerdos de paz. De hecho, tras la Segunda Guerra Mundial, la violencia sexual no fue reconocida como delito de guerra. No fue hasta el año 2000, cuando la ONU aprobó la Resolución 1325, en la que se reconoció oficialmente la existencia de una “guerra diferente” que afecta a mujeres y niñas, instando a la necesidad específica de su protección en los conflictos armados. En 2008, la violencia sexual fue finalmente admitida como una amenaza real y un obstáculo para la paz.

A pesar de estos avances en el ámbito normativo, la denuncia pública sigue siendo un proceso sumamente difícil para las víctimas, quienes a menudo enfrentan un segundo juicio social que cuestiona y estigmatiza su experiencia. “El cuerpo de la mujer se convierte en un escenario donde se da la guerra”, esta violencia no solo deja secuelas físicas y psicológicas profundas, sino que también implica un rechazo social, embarazos forzados y la exposición a enfermedades de transmisión sexual.

Otro aspecto invisibilizado es la falta de productos de higiene menstrual durante los conflictos bélicos, lo que

pone en riesgo la salud de las mujeres y las expone a mayor número de infecciones y enfermedades. A esto se suma la ausencia de hospitales de maternidad y la imposibilidad de acceder a servicios médicos básicos, lo que agrava aún más su vulnerabilidad en contextos de guerra.

Sin representación

Vaya por delante que, desde una mirada pacifista, la igualdad debe residir en la no identificación del rol militar ni en hombres ni mujeres. No obstante, también en este ámbito se han producido grandes desigualdades.

Aunque es innegable que muchas mujeres sufrieron las consecuencias de la guerra, también debemos ser conscientes de que han participado de forma activa, asumiendo roles fundamentales en las defensas de ciudades o en el apoyo logístico. Maria Pita, Mary Read o Elsie Ott son ejemplos de mujeres que desafiaron las normas de género; estos nombres y muchos más no han sido considerados dignos de mención y, en ocasiones, las figuras femeninas presentadas siempre han sido concebidas como excepcionales y fuera de su entorno. Esta ignorancia histórica ha hecho que nos hayamos olvidado de miles de mujeres que fueron protagonistas en un mundo de hombres.

Además, la ausencia de las mujeres en los procesos de negociación y construcción de la paz no solo invisibiliza su papel durante la guerra, sino que también perpetúa su exclusión. En la mayoría de los casos, su participación en las mesas de diálogo es escasa o incluso inexistente, lo que las deja sin voz en la toma de decisiones cruciales que afectan a sus vidas y comunidades. Esta exclusión ignora las amenazas y traumas específicos que sufren las mujeres en los conflictos, y las priva de la posibilidad de influir en los acuerdos de paz que, paradójicamente, también deberían protegerlas.

La Resolución 1325 de la ONU marcó un hito al reconocer el derecho de las mujeres a participar activamente en la prevención de conflictos y en la construcción de la paz. Este documento insta a los Estados y organizaciones internacionales a garantizar la presencia femenina en los espacios de toma de decisiones y en las misiones de mantenimiento de la paz,



Menores en el campo de refugiadas de Bureij (Gaza).

subrayando que la paz sostenible solo es posible cuando las voces de las mujeres son escuchadas e incluidas en cada etapa del proceso. Lamentablemente, hoy en día sigue sin ser una realidad en la mayoría de los conflictos actuales.

Dar voz a las olvidadas

Si bien la guerra es cruel y devastadora para todas las personas, para las mujeres las consecuencias suelen ser aún más profundas. Unas consecuencias que suelen estar marcadas por la pérdida de derechos, la invisibilización y la violencia.

Repensar estos enfrentamientos con perspectiva de género no solo nos abre los ojos ante estas injusticias, sino que también nos invita a reflexionar sobre las historias olvidadas de quienes, a pesar de todo, sostuvieron la vida en medio del caos.

¿Por qué seguimos pasando por alto su papel? ¿Por qué hemos normalizado su silencio en los relatos?

Las mujeres no solo han demostrado valentía, ingenio y fortaleza en tiempos de guerra, sino que también han desafiado las construcciones sociales que las relegaban a un segundo plano. Reconocer su contribución podría considerarse un acto de justicia, dándole a la historia una voz más universal y representativa. Darles espacio en nuestra memoria es honrar su resiliencia y asegurarnos de que sus lecciones no se pierdan en el tiempo.



Logotipo de *Mujeres de negro*, movimiento internacional de mujeres pacifistas.

Para la reflexión

- Después de leer el mensaje... ¿qué crees que hay detrás de la invisibilización de la mujer en los conflictos bélicos?
- ¿La situación de la mujer en los conflictos bélicos actuales ha mejorado?

Otros recursos de interés y propuestas de acción

- Lectura del libro *La guerra no tiene rostro de mujer*, de Svetlana Alexiévich (Ed. Debate, 2017).
- Lectura del artículo de Amnistía Internacional “La mujer y los conflictos armados”.